

## Los rostros de la pandemia:

UN ACERCAMIENTO LITERARIO, HISTÓRICO Y FILOSÓFICO<sup>1</sup>



Dr. Ricardo López Pérez

*“Deduce lo invisible de lo visible”.*

Solón de Atenas

### RESUMEN

Genéricamente una pandemia es una enfermedad infecto contagiosa iniciada en una región determinada, que traspasa sus fronteras naturales para extenderse a otras áreas (Re de Magni, 1999). La etimología del vocablo nada dice de enfermedad. Proviene del griego y se compone de dos palabras: *pan* que significa “todo”, y *demos* referido al “pueblo”, y más precisamente al pueblo organizado. Las palabras tienen una partida de nacimiento y una biografía. Estos aspectos no siempre guardan coherencia, y pueden resultar difíciles de rastrear. En este caso particular, pandemia adopta sus significados más por su historia que por su etimología.

Pan es un dios griego de los bosques. Un ser lascivo, mitad hombre y mitad animal, que persigue por igual a ninfas y muchachos, y que recurre a la autosatisfacción cuando fracasa en sus intentos. (En otra vertiente, el terror provocado en sus víctimas generó la palabra “pánico”). Su filiación es incierta, pero en una de sus versiones aparece como hijo de Hermes quien al nacer lo lleva al Olimpo. Allí los dioses lo bautizan como Pan, porque les alegró el corazón a “todos” (Grimal, 2006).

Concretamente, hay enfermedades cuya presencia es recurrente y alcanzan a toda la población. Se habla de pandemia para aludir a esta condición de indeseable universalidad. Sin embargo, en el universo de los significados, las cosas se extienden todavía más, porque las pandemias tienen muchos rostros: son al mismo tiempo infortunios, oportunidades, amenazas, castigos y armas de agresión.

Palabras clave: pandemia, eterno retorno, amenaza, castigo, arma, pensamiento.

---

<sup>1</sup> Publicado en Revista Anales del Instituto de Chile. Vol. XXXIX. 2020.  
([www.institutodechile.cl/wp-content/uploads/2020/12/anales-2020.pdf](http://www.institutodechile.cl/wp-content/uploads/2020/12/anales-2020.pdf)).

## 1. LAS PANDEMIAS Y EL ETERNO RETORNO

En las primeras páginas de *La peste* de Albert Camus se lee: “Ha habido en el mundo tantas pestes como guerras y sin embargo, pestes y guerras cogen a las gentes desprevenidas” (2011: 45). Publicada en 1947, esta novela narra unos hechos ocurridos en Orán, una ciudad pequeña, nada llamativa, más bien sombría, afectada por la peste. Todo comienza con un ratón muerto a la subida de una escalera. Las cosas se suceden rápido y a poco andar la muerte acecha a cada persona.

Bajo amenaza la vida se ha trastornado, la ciudad entera termina sometida a un estado de sitio. Es una situación límite: el absurdo, la injusticia, el desamparo, la impotencia, la arbitrariedad, la pérdida de control, el no saber... Bajo la imposición de esta fuerza poderosa todo marcha fuera de cálculo. Domina lo inesperado. Unos ciudadanos se vuelven reflexivos, otros se ven asaltados por asuntos que jamás fueron importantes, algunos se dejan dominar por el desconcierto, surgen desconfianzas e inseguridades que cruzan todo el horizonte de la existencia. La peste es multipresente.

No es indiferente que Camus hable de pestes y de guerras, como si se tratara de fenómenos equivalentes. Ambas son frecuentes en la historia, ambas expresan la destrucción y el miedo, y ambas nos recuerdan nuestra finitud. Son situaciones límite, que enfrentan a las personas entre sí, consigo mismos y con lo desconocido.

Las descripciones de Camus resultan reveladoras, porque la peste actúa como un lente de aumento sobre un drama que con seguridad es permanente: “Pero, ¿qué quiere decir la peste? Es la vida y nada más” (2011: 349). La peste se parece a la vida, es parte de ella, y muestra con mayor nitidez lo que de cualquier modo está allí: situaciones irresueltas, zonas opacas de la existencia, tensiones, contradicciones, y esa fundamental falta de autoconocimiento.

Pandemias, epidemias, pestes y plagas tienden a confundirse. Sin duda, son fenómenos recurrentes, seguramente una manifestación de lo que Nietzsche llamaba el “eterno retorno”; una formulación que concibe el universo como una totalidad cerrada en la que todo lo existente da vueltas sin cesar. La aparición permanente de lo mismo: lo que ocurrió ya había ocurrido antes y ocurrirá mañana con la misma forma. Lo que fue es lo que será; lo que será es lo que ha sido. Un tiempo circular, recurrente, no lineal.

Con esta doctrina Nietzsche aspira a romper una larga oposición entre ser y devenir, postulando que la vida se resuelve en un puro devenir. No cabe reducir y empobrecer la vida, el ser íntimo de las cosas consiste precisamente en un devenir radical, en su retorno infinito. El eterno retorno habla de un tiempo y una historia que se encuentran en un incesante hacerse y rehacerse. Momentos que retornan, confiriendo al “aquí y ahora” la dignidad de lo eterno, en oposición a las concepciones teológicas tradicionales o estrictamente racionalistas. El mismo Nietzsche que anuncia la muerte de dios en el famoso *parágrafo 125* de su *Ciencia*

*jovial*, sugiere una probable resurrección en un olvidado pasaje final del *Zaratustra*: “El viejo Dios vive de nuevo, oh Zaratustra, digas lo que digas” (1972: 417).

Todo nace, todo muere, todo renace. Acaso nada muere realmente. Albert Camus escribe: “Oyendo los gritos de alegría que subían de la ciudad, Rieux tenía presente que esta alegría está amenazada. Pues él sabía que esta muchedumbre dichosa ignoraba lo que se puede leer en los libros, que el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás, que puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa, que espera pacientemente en las alcobas, en las bodegas, en las maletas, los pañuelos y los papeles, y que puede llegar un día en que la peste, para desgracia y enseñanza de los hombres, despierte a sus ratas y las mande a morir en una ciudad dichosa” (2011: 351).

La idea del tiempo que gira en sí mismo, que repite sin cesar su contenido limitado, forma parte de concepciones de larga data. Con seguridad, Nietzsche no ignoraba el mito de Sísifo, condenado a un gesto eterno y estéril, ni el nacimiento de Dioniso, que nace, muere y renace varias veces; y que encarna como pocos las oposiciones y contradicciones propias de la existencia. Tampoco pudo ignorar al romano Lucrecio, quien a comienzos de la era cristiana estaba persuadido de que “damos vuelta siempre en el mismo círculo sin poder salir” (*De rerum natura*, III, 1080).

Sísifo ha sido sancionado por los dioses, por revelar secretos divinos. Reconocido por su astucia, pero que no pudo librarse del infame castigo consistente en llevar cada día una enorme piedra a lo alto de un monte. Cercano a la cima, ya próximo a completar la tarea, la piedra rueda colina abajo. Así, una y otra vez. Abatido por el cansancio debe empezar nuevamente, y en cada caso con el mismo resultado; se trata de un castigo eterno.

Camus parece recoger esta idea: “Y es que nada es menos espectacular que una peste, y por su duración misma las grandes desgracias son monótonas. En el recuerdo de los que los han vivido, los días terribles de la peste no aparecen como una gran hoguera interminable y cruenta, sino más bien como un ininterrumpido pisoteo que aplasta todo a su paso” (2011: 205).

Algo semejante tratándose de Dioniso, una auténtica divinidad hijo de una mortal. Dios de la embriaguez divina y del amor más encendido. Por su cuerpo circula sangre divina y sangre humana; es un dios, es un hombre. Representa la unidad de lo distinto y la superación de la fragmentación. Hijo de la mortal Semele, primogénita del rey de Tebas, y del gran Zeus, señor del Olimpo y dueño del rayo. Su nacimiento ocurre varias veces, y en cada caso es un verdadero triunfo. Dos veces fue despedazado y dos veces renació. La vida y la muerte cruzan su experiencia.

Representa la inevitable dualidad, con todos sus conflictos. Nada en él excluye el juego de las oposiciones. Con Ariadna conoció la inmensidad del afecto, pero también la pérdida y el dolor. Descubrió la vid y el vino, y de allí en adelante fue

imposible desconocer la relación sutil en que se encuentran permanentemente los opuestos: desde el moderado placer, al exceso y la locura.

Es una divinidad errante y en ningún caso parte de una religión oficial. A diferencia de otros dioses del panteón, no tiene residencia fija en el Olimpo. Su vida está modulada de acuerdo a los ciclos de la naturaleza, muere en invierno y renace en primavera. Como ninguna otra figura encarna el encuentro de realidades diferentes. El especialista alemán Walter Otto, dice que Dioniso representa la unidad y la totalidad de un mundo infinitamente plural que abarca todo lo vivo, en donde cohabitan estrechamente placer y dolor, iluminación y trastrocamiento, lo amable y lo temible (Otto, 1997: 107).

Camus muestra la interioridad de uno de sus personajes, que no consigue establecer oposiciones nítidas: “Tarrou creía que la peste cambiaría y no cambiaría la ciudad, que sin duda, el más firme deseo de nuestros conciudadanos era y sería siempre el de hacer como si no hubiera cambiado nada, y que, por lo tanto, nada cambiaría en un sentido, pero, en otro, no todo se puede olvidar, ni aun teniendo la voluntad necesaria, y la peste dejaría huellas, por lo menos en los corazones” (2011: 318).

El mismo personaje tampoco consigue definir significados con propiedad: “Pero en conjunto, la infección retrocedía en toda la línea, y los comunicados de la prefectura, que primero habían hecho nacer tan tímida y secreta esperanza, acabaron por confirmar, en la mente de todos, la convicción de que la victoria estaba alcanzada y de que la enfermedad abandonaba sus posiciones. En verdad era difícil saber si se trataba de una victoria” (2011: 307).

A pesar de todo, luego de tanta incertidumbre, confusión y sufrimiento, Camus termina su novela con una nota de elevación. Hacia el final deja hablar al médico Bernard Rieux, quien no podía dejar de advertir una idea al mismo tiempo indecible y esperanzadora: “... no había uno solo de sus sufrimientos que no fuera al mismo tiempo el de los otros, y que en un mundo en que el dolor es tan frecuentemente solitario esto es una ventaja” (2011: 344). Poco después el mismo Rieux, que nunca fue de los que callan, decide dejar una narración con el propósito de testimoniar a favor de los apestados, un recuerdo de la injusticia y de la violencia vivida: “... para decir simplemente algo que se aprende en medio de las plagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio” (2011: 350).

## 2. EN EL COMIENZO ESTÁ HOMERO

La primera mención a una peste se encuentra en el primer verso de la *Ilíada*, asumiendo que este texto es anterior al *Pentateuco*. Homero relata que se trata de un castigo: “... una maligna peste suscitó en el ejército, y perecían las huestes porque el Atrida había deshonrado al sacerdote Crises” (*Ilíada*, 10-11).

A nueve años de comenzado el asedio a la ciudad de Troya, la peste se desata en el campamento griego. Hablando con autoridad, el adivino Calcante afirma que la enfermedad se mantendrá mientras Criseida, hija de Crises, permanezca en manos de Agamenón. El Atrida Agamenón, rey de reyes, jefe de las fuerza griegas, en una decisión imprudente, conserva como botín de guerra a la hija de un sacerdote de Apolo. Rechaza con soberbia las suplicas, los regalos e incluso las advertencias de Crises que tiene línea directa con su dios. Esto es inaceptable, y el brillante Apolo, hijo predilecto del gran Zeus, reacciona sancionando al campamento entero. Igual como ocurrirá luego en el *Éxodo* o el *Levítico*, los castigos son indiferenciados y afectan a todos, no sólo a los culpables. Sin intervención médica, el problema se supera cuando Criseida vuelve a casa.

Poco después de Homero, el poeta Hesíodo nos hará saber que los grandes males están desde el inicio y son parte constitutiva del existir. Bien informado por las musas, nos dice que en el comienzo fue el caos, un vacío negro y profundo; poco después nació Gea de ancho pecho, quien engendró al estrellado Urano. Lo que sigue son feroces disputas por el poder, hasta que Zeus toma el control.

Viene a continuación una segunda generación de dioses, alumbrados por la Noche, en donde se encuentran, entre otros, el maldito Moros, Tánato, Hipnos, la Burla, y el doloroso Lamento. A ellos se suman las Moiras, vengadoras implacables:

“También alumbró a Némesis, azote de los hombres mortales, la funesta Noche. Después de ella tuvo al Engaño, la Ternura y la funesta Vejez, y engendró a la astuta Eris. Por su parte la maldita Eris parió a la dolorosa Fatiga, al Hambre y los Dolores que causan llanto, a los Combates, Guerras, Matanzas, Masacres, Odios, Mentiras, Discursos, Ambigüedades, al Desorden y la Destrucción, compañeros inseparables, y al Juramento, el que más dolores proporciona a los hombres de la tierra siempre que alguno perjura voluntariamente” (*Teogonía*, 226-234).

Un panorama inquietante, y apenas es un consuelo que Hesíodo no conociera la palabra pandemia. Cuando llegamos al mundo todos los males ya está allí: claramente el hambre, la destrucción, el dolor, y la sangre, mucha sangre. Toda esta avalancha configura simplemente el escenario en que naturalmente deberán vivir los mortales.

Pero Hesíodo también tiene algo que decir sobre castigos, y para estos fines recurre a Prometeo. Este personaje de gran magnetismo y sobre el cual no ha dejado de escribirse, está mencionado por primera vez por este poeta, para luego ser tematizado por Esquilo y Platón. Aunque estas tres versiones no coinciden, en lo fundamental Prometeo tiene nombradía como rebelde, astuto e indisciplinado; como mentiroso, engañador y dispuesto a cualquier artimaña. Continuamente introduce el desorden en un mundo ordenado.

Prometeo ha engañado a Zeus, y esto trae graves consecuencias: para él mismo el encadenamiento y la tortura en un rocoso confín del mundo, y para los hombres la pérdida del fuego y la invención de Pandora, portadora de numerosos males. En *Los trabajos y los días*, se relata el momento en que Zeus, cuya paciencia se ha agotado, resuelve castigar a los hombres: “Te alegras de que me has robado el fuego y has conseguido engañar mi inteligencia, enorme desgracia para ti en particular y para los hombres futuros. Yo a cambio del fuego les daré un mal con el que todos se alegren de corazón acariciando con cariño su propia desgracia” (*Trabajos*, 53-58).

Zeus concibe un castigo mayor. Hesíodo que en la *Teogonía* ha hecho nacer lo masculino de lo femenino (un acierto, sin duda, a contrapelo de la tradición judeocristiana), ahora derrama sobre la tierra nuevos males bajo la responsabilidad de una mujer. Se trata de Pandora, la encarnación del mal, más exactamente un “bello mal”. La historia es conocida; es una mujer creada a imagen de Afrodita y Atenea con toda la belleza y las virtudes imaginables, pero enviada con un cúmulo de desgracias hasta ese momento desconocidas. Llega a la tierra con una jarra que jamás debió abrirse: “En efecto, antes vivían sobre la tierra las tribus de hombres libres de males y exentas de la dura fatiga y las penosas enfermedades que acarrearán la muerte a los hombres. Pero aquella mujer, al quitar la enorme tapa de una jarra los dejó diseminarse y procuró a los hombres lamentables inquietudes. Sólo permaneció allí dentro la Espera, aprisionada entre infrangibles muros bajo los bordes de la jarra y no pudo volar hacia la puerta; pues cayó la tapa de la jarra” (*Trabajos*, 90-98).

Después de este episodio las cosas no volverán a ser iguales: “Mil diversas amarguras deambulan entre los hombres: repleta de males está la tierra y repleto el mar” (*Trabajos*, 100-102).

Pandora se convierte así en la Eva del mundo griego: el origen de todos los males. Se ha discutido mucho sobre el verdadero significado del contenido de la jarra que no llegó a salir. En un recipiente que sólo contenía males no podría estar la Esperanza, y por esta razón algunas traducciones prefieren decir la Espera. Un problema de difícil solución, pero para fines prácticos el poeta no se ha equivocado; en efecto vivimos permanentemente amenazados por numerosos males.

En lo que sigue las pandemias como castigo serán frecuentes. En el *Éxodo* se describen diez plagas que afectan a Egipto. Con mucha imaginación, pero escaso sentido de la justicia, Yahvé envía males que afectan a grandes y chicos, hombres y mujeres, incluso animales. El relato bíblico habla de una instrucción precisa que Moisés debe transmitir al Faraón: “Le dirás esto: ‘Yahvé, el Dios de los hebreos, me ha mandado decirte que dejes salir a su pueblo, para que le rinda culto en el desierto. Pero hasta ahora no has escuchado. (...) En esto conocerás que soy Yahvé: voy a golpear el Nilo con mi bastón y las aguas se convertirán en sangre. Los peces

morirán, el río apestará y los egipcios tendrán asco de beber sus aguas” (*Éxodo*, 7, 16-18).

La porfía del Faraón y la determinación de Yahvé tienen sus consecuencias. Una tras otra surgen distintas plagas: luego de la primera conversión del agua en sangre, viene una invasión de ranas, los mosquitos, tábanos, peste, úlceras, granizo, langostas, tinieblas y la muerte de los primogénitos. Esta última, especialmente desmedida, es el recurso final. A continuación ya no habrá más desobediencias: “En Egipto morirán todos los primogénitos, desde el primogénito del Faraón que se sienta en el trono, hasta el de la esclava que mueve la piedra del molino, y todos los primeros nacidos de animales” (*Éxodo*, 11, 5-6).

Finalmente todos aprenden, pero para mayor seguridad es bueno dejar establecidas algunas advertencias: “Pero si no me escuchan, si no cumplen todo eso; si desprecian mis normas y rechazan mis leyes; si no hacen caso de todos mis mandamientos y rompen mi alianza, entonces miren lo que haré yo con ustedes. (...) Mandaré sobre ustedes el terror, la peste y la fiebre; sus ojos se debilitarán y su salud irá en desmedro. Ustedes sembrarán en vano la semilla, pues se la comerán los enemigos” (*Levítico*, 26, 14-17).

### 3. EDIPO Y LA PESTE DE ATENAS

En Occidente se despliega con fuerza la idea de las pandemias como castigo. Tendencia verificable igualmente en el mundo griego clásico. El *Edipo Rey* de Sófocles, es un buen ejemplo. En esta obra, la tragedia perfecta al decir de Aristóteles, las cosas se suceden desde el momento en que se ha declarado una peste en la ciudad de Tebas.

Su representación debió ocurrir hacia el 425 aC, poco después de la peste de Atenas. Sabemos con seguridad que obtuvo el primer lugar en el certamen respectivo. Atenas organizaba periódicamente concursos de tres días de duración. La tragedia toma sus contenidos del *mito*, pero no meramente para evocarlos, sino como un pretexto para debatir los asuntos que inquietan a la *polis*, como la justicia, el poder, la guerra, el crimen, la culpa, el castigo o el autoconocimiento. Cumple una función en la formación ciudadana; es una forma de arte compleja, que actúa simultáneamente como una institución política unida al curso de la democracia.

*Edipo Rey* arranca cuando los habitantes de Tebas acuden a su gobernante clamando por ayuda; la peste se ha apoderado de la ciudad. Suponemos que en el imaginario de los espectadores había mucha información incorporada. Edipo se convierte en rey luego de matar su padre (sin saber que lo era), casarse con Yocasta (sin saber que era su madre) y de derrotar a la monstruosa Esfinge que atormentaba a la ciudad. Así comienza:

“Edipo: La ciudad está llena de incienso, a la vez que de cantos de súplica y de gemidos, y yo, porque considero justo no enterarme por otros mensajeros, he venido en persona, yo, el llamado Edipo, famoso entre todos. Así que, oh anciano, ya que eres por tu condición a quien corresponde hablar, dime en nombre de todos: ¿cuál es la causa de que estéis así ante mí? Piensa que yo querría ayudaros en todo” (*Edipo*, 2-14).

“Sacerdote: La ciudad, como tú puedes ver, está ya demasiado agitada y no es capaz todavía de levantar la cabeza de las profundidades por la sangrienta sacudida. Se debilita en las plantas fructíferas de la tierra, en los rebaños de bueyes que pacen y en los partos infecundos de las mujeres. Además, la divinidad que produce la peste, precipitándola, aflige a la ciudad. ¡Odiosa epidemia, bajo cuyos efectos está despoblada la morada Cadmea, mientras el negro Hades se enriquece entre suspiros y lamentos!” (*Edipo*, 23-31).

Con gran sentido dramático las cosas van decantando. Ronda la idea de un castigo a causa del asesinato del antiguo rey de Tebas, entonces esposo de Yocasta, y de un incesto. Interviene el adivino Tiresias y le dice a Edipo: “... tú eres el azote impuro de esta tierra” (*Edipo*, 355). Edipo no está dispuesto para creer semejante imputación; nada más ajeno su auto percepción. Tiresias será todavía más explícito: “Afirmo que tú eres el asesino del hombre acerca del cual están investigando” (*Edipo*, 364-65).

Edipo, “famoso entre todos”, el mejor de los mortales, poderoso y pleno de reconocimiento, poco sabe de sí mismo. El eje de la obra no es el incesto ni el destino, sino en el autoconocimiento. Cuando Edipo adivina que hay una zona oscura, imposible de ignorar, se resuelve a buscar en su propia experiencia. Al final no tiene escape: “¡Ay, ay! Todo se cumple con certeza. ¡Oh luz del día, que te vea ahora por última vez! ¡Yo que he resultado nacido de los que no debía, teniendo relaciones con los que no podía y habiendo dado muerte a quienes no tenía que hacerlo!” (*Edipo*, 1183-88).

Yocasta se quita la vida, Edipo se ciega. La pandemia seguramente es un recurso literario, pero la decisión de Sófocles no es casual. Unos años antes Atenas había sufrido una devastadora peste que mató una cuarta parte de la población, incluyendo al gobernante Pericles. Atenas estaba en el segundo año de su guerra con Esparta, y los habitantes del Ática habían buscado refugio dentro de las murallas de la ciudad. El hacinamiento resultante generó las condiciones perfectas para el contagio.

El evento está bien documentada gracias a la monumental *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides. Ya no se trata de un poeta, sino de un historiador; un autor ilustrado cuyo propósito es narrar la historia presente, una historia vivida. El cambio de lenguaje es notorio; ahora es una escritura rigurosa, sin pretensión poética, en la cual las adjetivaciones están justificadas en los hechos. No hay castigos, ni amenazas, sólo imprevisión e infortunio. Doblemente, dado que la



pandemia aparece en medio de la guerra. Tucídides escribe: "... comenzó a aparecer por primera vez la famosa peste, de la que se decía que había atacado con anterioridad en muchos lugares, como en Lemnos y en otros parajes, aunque una epidemia tan grande y tan destructora de hombres no se recordaba que hubiera ocurrido en parte alguna" (*Historia*, II, 47).

Se nombran detalladamente los distintos síntomas, con el fin de estar preparados para futuras enfermedades. A diferencia de Homero y Sófocles, que no se detienen en los síntomas, Tucídides destina varias páginas a una descripción cuidadosa. Esto ha hecho presumir que se trató de una epidemia de tifus, que ingresó desde Egipto por el puerto de El Pireo.

Dice el autor: "Morían unos por falta de atención y otros pese a ser atendidos. Ninguno, no se encontró ni un solo remedio, por así decir, con cuya aplicación se lograra alivio (pues lo que remediaba a uno, eso mismo dañaba a otro)" (*Historia*, II, 51). Advierte que fue el contagio lo que provocó el mayor número de víctimas, habla de la compasión con los que agonizaban, y de la seguridad de quienes ya habían tenido la enfermedad, pues se sabía que no atacaba dos veces con riesgo de muerte (*Historia*, II, 51).

Así, en medio de la guerra y la pandemia, y el creciente malestar ciudadano, una mezcla indeseable, los atenienses apuntan a Pericles. Sin escabullirse, el gobernante reúne a los ciudadanos y pronuncia un extenso discurso que pone en juego el mejor brillo de un estadista a la altura de las circunstancias (como sabemos, cuestión nada habitual):

"Yo ya me esperaba este estallido de vuestra irritación contra mí (pues percibo sus causas), y he convocado a la Asamblea por lo siguiente: para refrescaros la memoria y reprocharos que sin razón os irritéis contra mí y que cedáis ante la adversidad. Porque a mi juicio, es más útil a los ciudadanos particulares el que la ciudad en su conjunto prospere, que el que los ciudadanos prosperen como individuos, pero que ella como comunidad declina. Pues un hombre a quien en lo suyo le va bien, si su patria se arruina, no en menor grado deja de perecer con ella; en cambio, si él es afortunado en una ciudad prospera, podrá salvarse mucho mejor. Así pues, cuando la ciudad es capaz de soportar los infortunios de los particulares, y en cambio cada uno de éstos no puede soportar los de aquella ¿cómo no va a ser preciso que todos la defendamos, y no hacer lo que ahora vosotros hacéis? Pues abatidos por las calamidades domésticas os despreocupáis de la salvación de la comunidad, y me echáis la culpa, a mí que os aconsejé entrar en la guerra, y a vosotros mismos que estuvisteis de acuerdo con ello" (*Historia*, II, 60).

El discurso es más extenso y tiene otros matices. De momento es sugerente observar la determinación de un gobernante enfrentando su peor momento. Centralmente, Pericles subraya que las virtudes del régimen de Atenas y las del

pueblo deben ser una y la misma cosa. Con todo, esta magnífica oratoria no impidió que la ciudadanía le impusiera una multa. Pericles muere poco después en el año 429 aC.

#### 4. EUROPA Y LA PESTE NEGRA

La más famosa de las epidemias acaso sea la llamada peste negra, que se inició hacia 1330 en algún lugar de Asia, extendiéndose furiosamente por Europa y el norte de África, para llegar en menos de veinte años a las costas del Atlántico: “Murieron entre 75 y 200 millones de personas, más de la cuarta parte de la población de Eurasia” (Harari, 2018: 16). Aun así, con toda su carga de muerte, no fue un acontecimiento excepcional, y probablemente tampoco la peor de la historia.

De acuerdo con el historiador de la ciencia A. C. Crombie, aquí se produjo una oportunidad para el conocimiento científico. Según relata, se escribieron más de veinte opúsculos durante los años de la peste, dando cuenta de un acercamiento sistemático al problema de los síntomas, su desarrollo, causas, formas de transmisión, prevención y curación. Las descripciones comienzan a ser rigurosas, en cierto sentido en la tradición larga de la medicina hipocrática: “Los síntomas incluían fiebre, dolor en el costado o en el pecho, tos, respiración entrecortada y pulso rápido, vómito de sangre y la aparición de bubones en las ingles, en los sobacos o detrás de las orejas” (Crombie, 1974: 207).

Este alentador avance científico debió convivir con la superstición, más proclive a causalidades espurias. Las creencias comunes incluían a dioses y demonios, y las prácticas habituales eran ensalmos, conjuros y oraciones. Con frecuencia las causas se buscaban prestando atención a los influjos astrológicos, y hasta hubo intentos de predecir las pandemias basándose en la conjunción de planetas: “Se suponía que estas causas remotas operaban por medio de causas próximas y especialmente provocaban la corrupción del aire, aunque se sugerían otras causas de corrupción, como las exhalaciones de los terremotos de 1347 y el clima anormal y muy húmedo” (Crombie, 1974: 207).

Finalmente, en esta tensión entre el saber y la ignorancia, la peste desapareció gracias a mejores diagnósticos y decisiones de aislamiento; y especialmente cuando la rata negra que habitaba con frecuencia en las casas, cedió su espacio a la rata marrón más proclive a las alcantarillas. Pasó un tiempo hasta que se aprendió que el agente de contagio era una bacteria alojada en las pulgas de las ratas (Moore, 2009:106).

Comúnmente el tránsito hacia el saber científico enfrenta obstáculos y resistencias poderosas, pero esto no clausura las opciones. En el *Tratado sobre las epidemias*, atribuido a Hipócrates, por ejemplo, se puede advertir un enfoque bastante avanzado. Se hace un listado de aspectos que el médico debe tener en cuenta cuando examina un enfermo:

“La naturaleza humana universal y la propia de cada persona; la enfermedad, el enfermo, las sustancias administradas, el que las administra y lo que de ello se puede concluir para bien y para mal; la constitución general de la atmósfera y las particulares, según las diversidades de cielo y lugar; los hábitos, regímenes de vida, ocupaciones, edad de cada uno, sus palabras y maneras: los silencios, pensamientos, sueños e insomnios, sus cualidades y momentos de los sueños; los gestos desordenados de las manos, los pruritos y las lágrimas; los paroxismos, evacuaciones, orina, esputos y vómitos; la naturaleza de las enfermedades que se suceden unas a otras; ciertas deposiciones que anuncian ruina y crisis; el sudor, escalofríos, temblores, tos, estornudos, el hipo, los regüeldos, los gases silenciosos o ruidosos, las hemorragias y hemorroides” (Detienne y Vernant, 1974: 299).

Una visión de conjunto, con un especial sentido del detalle, en la cual han sido desalojados los dioses y otras fuerzas indecibles. Sobre este fondo, los médicos medievales harán su contribución en la convicción de estar produciendo un progreso. Así lo atestigua Juan de Borgoña en un pasaje de su *Tratado sobre la enfermedad epidémica*, escrito hacia 1365:

“Los maestros modernos de todo el mundo tienen más experiencia en las enfermedades pestilentes que todos los doctores del arte de la Medicina y las autoridades desde Hipócrates hasta ahora. Porque ninguno de ellos vio una epidemia tan general y duradera, ni pusieron a prueba sus esfuerzos por medio de experimentos prolongados, sino que la mayor parte de lo que dicen y consideran sobre epidemias lo han sacado de los asertos de Hipócrates. Por tanto, los maestros de hoy día poseemos mayor experiencia sobre estas enfermedades que todos los que nos han precedido, y se dice con verdad que de la experiencia viene el saber” (Crombie, 1974: 208).

Lo anterior se sumaba a los avances de los tiempos de la lepra. La idea de que una enfermedad específica se puede contraer por infección o contagio, fue elaborada inicialmente en esa época. Escritos del siglo XVI aC muestran que los egipcios pensaban que la lepra se contraía por bañarse en el Nilo, y después en el siglo II Galeno creía que la padecían personas con una dieta pobre (Moore, 2009: 24). Lo concreto, y como expresión de un progreso evidente, esta idea del contagio fue aplicada desde finales del siglo XIII a otras enfermedades, como la erisipela, viruela, influenza, difteria y la fiebre tifoidea (Crombie, 1974: 208).

Estos episodios marcan también un avance en políticas públicas: “Después de la peste negra de 1348, el Departamento de Salud Pública de Padua determinó que cuando una persona muriera por causas desconocidas, el cuerpo no podía ser enterrado sin el certificado de un médico que hubiese examinado el cadáver y hubiese determinado que no había indicios de la peste” (Boorstin, 1986:347). La primera Comisión de Higiene Pública fue establecida en Venecia, en 1343. En los

años siguientes se dictaron leyes en distintas ciudades para impedir la libre circulación de personas o mercaderías infectadas; y se implementaron iniciativas para aislar a los contagiados, en ciudades como Ragusa, Dalmacia, Aviñón y Milán.

Un gran aporte fue también la incorporación de la medicina en el currículo obligatorio de las universidades. A lo menos desde el siglo XII, la universidad medieval reconoció siete artes, agrupadas en dos categorías desiguales: los secretos del lenguaje y los secretos de la naturaleza. En el primer caso estaba el *Trivium*, (retórica, gramática y lógica); y en el segundo el *Cuadrivium*, (música, aritmética, geometría y astronomía). A este segundo grupo se incorporó la medicina (Moller, 2019: 221).

Otro detalle que merecería un comentario más extendido, se refiere a la crítica que Platón hace a Hipócrates, y que no está recogida por los médicos medievales. El filósofo atribuye a la medicina hipocrática una preocupación desmedida por la salud del cuerpo. Hablando sobre medicina y retórica, Sócrates interviene en el *Fedro* con la siguiente afirmación: “En ambas conviene precisar la naturaleza, en un caso la del cuerpo, en otro la del alma, si es que pretendes, no solo por la rutina y la experiencia sino por arte, dar al uno la medicación y el alimento que le trae salud y le hace fuerte, al otro palabras y prácticas de conducta, que acabarán trasmitiéndole la convicción y la excelencia” (*Fedro*, 270 b).

Según el enfoque platónico, lo deseable es la salud de un hombre concebido integralmente, y por ello el filósofo se muestra desconforme con esta tecné muda, que ignora las posibilidades de la palabra como recurso terapéutico. Un aspecto significativo, dada la creciente importancia actual de las variables de carácter psicosocial. La antigüedad clásica ofrece numerosos antecedentes sobre la palabra curativa, al punto que Pedro Laín Entralgo no duda en asignar a Platón el privilegio de ser el inventor de una psicoterapia verbal rigurosa (1987: 144).

## 5. LA MANZANA DE NEWTON Y LA GRIPE ESPAÑOLA

Las pandemias también son oportunidades en sentidos insospechados. Cualquier experiencia humana, por desastrosa que sea, puede ser una oportunidad. Nada excluye la posibilidad de convertir un evento inesperado y negativo, en algo deseable. En contextos asociados a la creatividad y la innovación, se habla habitualmente de descubrir y aprovechar oportunidades, de reconocer y aceptar desafíos, o redefinir problemas.

Se pueden mencionar dos ejemplos señeros. El primero de ellos involucra al científico más grande de la historia: Isaac Newton. El relato da cuenta que debió interrumpir sus actividades universitarias a causa de una pandemia de enormes dimensiones, luego conocida como la “gran peste de Londres”. Desde finales del siglo XVI y buena parte del siguiente, el país se vio afectado por sucesivas pestes. John Graunt, pionero de la demografía moderna y de la estadística, calculó que en

1635 murió una cuarta parte de la población. Una cifra presumiblemente confiable, porque desde 1592 se confeccionaban en Inglaterra listados de fallecidos con sus respectivas causas de muerte (Boorstin: 1986: 639).

En junio de 1665 Newton estuvo obligado a abandonar Cambridge. Ese mes la pestilencia y la muerte inundaron Londres. Fue preciso cancelar la feria anual de Sturbridge, cerrar los colegios y restringir la actividad social. En estas condiciones regresó al hogar familiar de Woolsthorpe, distante unos 150 kilómetros, en donde pudo continuar con sus estudios de manera segura. Fueron momentos de tranquilidad y muy fértiles. Las ideas que se gestaron en esa quietud de la campiña inglesa, cambiaron completamente el panorama de la física.

Se apresuró a regresar a Cambridge en marzo de 1666, confiado en que la peste había cedido, pero prontamente debió retornar. Estudió y trabajó con intensidad. Sabemos que hizo uso de la biblioteca de una parroquia cercana. El mismo cuenta que como parte de su trabajo calculó “el área de la hipérbola en Boothby de Lincolnshire hasta en cincuenta y dos cifras” (Ackroyd, 2012: 36). Con certeza no fue presa del aburrimiento.

Estas son las circunstancias en que ocurre el célebre episodio de la manzana, sobre el cual existen cuatro versiones distintas, generadas por el mismo Newton. En una de ellas, según un relato de William Stukeley, todo ocurrió en una charla informal tomando el té: “En medio de otros temas, me contó que se encontraba en la misma situación de cuando le vino formalmente a la mente la noción de la gravitación. Fue ocasionada por la caída de una manzana mientras estaba en el suelo y de un humor contemplativo” (Ackroyd, 2012: 37).

Una fundamental reivindicación de la manzana, (pequeño detalle inadvertido). Hasta ese momento este inocente fruto tenía un carácter infamante, debido en particular al rol jugado en el inicio de la guerra de Troya, y luego en la publicitada expulsión de nuestros padres primigenios del paraíso, descrita en el *Génesis*. Sin embargo, después de un desprestigio de siglos, Newton posiciona la manzana como protagonista de un momento crucial para la ciencia moderna. Epidemia y manzana mediante, Newton hace un aporte al desarrollo de la ciencia del que serán deudores todos los desarrollos posteriores. Un hombre de 23 años estaba a punto de enunciar la ley de la gravitación universal.

El segundo ejemplo se relaciona con el filósofo francés Edgar Morin. En su texto *Mis demonios*, escribe:

“No he dejado de estar sometido a la presión simultánea de dos ideas contrarias que me parecen, la una y la otra, igualmente ciertas. (...) Tengo, a la vez, el sentido de la irreductibilidad de la contradicción y el sentido de la complementariedad de los contrarios. Es una singularidad que he vivido, sufrido primero, asumido más tarde, integrado por fin.

Muy recientemente tomé conciencia de una contradicción inicial, agazapada sin duda en lo más profundo de mí ser. Mi padre me reveló muy tarde el 'secreto de mi nacimiento'. Fui un embrión condenado por su madre a no nacer. La vida de mi madre exigía mi muerte, mi vida la amenazaba de muerte. Yo no hubiera debido nacer y nací muerto. Mi madre, víctima de la epidemia de gripe española de 1917, que había estado a punto de matarla, sufría una lesión cardíaca, pero le había ocultado a su marido que le estaba prohibido tener un hijo. Encinta por primera vez, recurrió a una abortera, pero la segunda vez, puesto que las plantas y métodos abortivos no tuvieron éxito, tuvo que exponerse a los riesgos del parto, y la comadrona se lo advirtió a su marido en el quinto mes del embarazo. El ginecólogo al que recurrieron dijo que, en cualquier caso, salvaría a la madre. De hecho, nací muerto, en un parto de nalgas, estrangulado por el cordón umbilical, e hizo falta media hora de azotes al bebé colgado por los pies para que lanzara su primer vagido.

Así, fui rechazado antes de ser amado, asesinado antes de ser adorado. *Debía morir para que ella viviera, ella debía morir para que yo viviese.* Vivir de muerte, morir de vida, esta fórmula de Heráclito que no ha dejado de obsesionarme desde que la conocí, expresa la tragedia de esta génesis: mi madre debía vivir de mi muerte, y morir de mi vida, como yo debía vivir de su muerte y morir de su vida. Y ambos, el uno y la otra, nos salvamos de milagro. He aquí, pues, el acontecimiento inicial de mi vida: nací en la muerte y fui arrancado de la muerte. Fui amado y adorado durante diez años, y luego fui abandonado. Tras haberle concedido, por dos veces, un aplazamiento, la muerte se llevó a mi madre el 26 de junio de 1931. Entonces aquella muerte me invadió por completo y yo la oculté por completo. Al mismo tiempo, mi madre permaneció íntegramente viva en mí a lo largo de toda mi vida. Esta muerte ha trabajado, sin cesar, mi vida. Nunca hablé de ello hasta mis diecinueve años" (2005: 50-51).

La gripe española fue devastadora a nivel planetario; sólo en España murieron 300.000 personas. Su origen es incierto, pero lo concreto es que tras registrarse los primeros casos en Europa la gripe pasó a España, un país neutral durante la Gran Guerra que no tuvo aprensiones para publicar informes sobre la enfermedad, a diferencia de los países implicados en el conflicto. Esto provocó una caprichosa identificación de la pandemia con este país. Hoy se sabe que fue causada por un brote de virus de gripe A, del subtipo H1N1 (Moore, 2009).

*Mis demonios* es una autobiografía intelectual. Morin recurre a una metáfora bastante explícita para dar una idea del vínculo que ha tenido con sus dudas, inquietudes y dolores; y cómo han impactado en su pensamiento. Nietzsche lo decía, los filósofos no encarnan una lógica fría ni una distancia indiferente: "... continuamente tenemos que parir nuestros pensamientos desde nuestro dolor, y

compartir maternalmente con ellos todo cuanto hay en nosotros de sangre, corazón, fuego, placer, pasión, tormento, conciencia, destino, fatalidad” (2018: 58).

De esta manera, escribiendo con su propia sangre, sobre el fondo de una experiencia de duradera intensidad, Morin produce una reflexión de largo aliento. El fenómeno de la complejidad le ha preocupado por décadas, tal como está expresado en una variedad de publicaciones. Ha postulado la necesidad de un tipo particular de pensamiento, que precisamente tiene su foco en la complejidad. Una modalidad del pensar que inevitablemente se construye y recrea en el mismo proceso, sin estar atado a fórmulas fijas, sabiendo que la certidumbre es inalcanzable. No desprecia lo simple, pero combate la simplificación. Acepta la vaguedad y la imprecisión, sin excluirlas irreflexivamente, permaneciendo en un estado que nunca llega a ser completo, dada la imposibilidad, incluso teórica, de la omnisciencia. El pensamiento complejo tiene la tarea de efectuar un diálogo entre lo cierto y lo incierto, lo separable y lo inseparable, lo lógico y lo meta lógico. Un ejercicio dialógico constante entre lo simple y lo complejo.

Dice Morin: “A un pensamiento que aísla y separa hay que sustituirlo por un pensamiento que distinga y una. A un pensamiento disyuntivo y reductor hay que sustituirlo por un pensamiento de lo complejo, en el sentido originario del término *complexus*: lo que está tejido junto” (2001: 117).

## 6. CREATIVIDAD PARA DESTRUIR

Desde la primera mención de Homero de una plaga en el campamento aqueo, hasta llegar al covid-19, hay un amplio espacio (sin dudarlo). Podemos tomar con humor el rechazo del teólogo Timothy Dwight, rector de la Universidad de Yale, a la vacuna contra la viruela, porque contraviene los designios divinos (Hitchens, 2015: 64); o la indigestión abrazadora que puso en “trance de muerte” a Agustín siendo niño, para lo cual su familia corre a la Iglesia pidiendo el bautismo (*Confesiones*, I, 11). Hoy el conocimiento disponible está en niveles sorprendentes. Sabemos que las pandemias se originan en las comunidades transmitidas por vía aérea o sexual, por los alimentos y el agua, o bien por animales. Este conocimiento traducido en tecnología médica tiene una aplicabilidad no comparable con ninguna época anterior.

Pero no se trata sólo de conocimiento médico. Sabemos también que las pandemias no se reducen al infortunio o al imperio de la contingencia; y que en ningún caso son fenómenos puramente biológicos. Ante todo, son ocasiones para volver a reconocer la fragilidad y la precariedad de la vida; la finitud y hasta el absurdo de toda existencia. Detrás de una pandemia hay un mundo de significados.

Existe, sin embargo, un pequeño detalle: a diferencia de lo que ocurría en el pasado, las pandemias pueden ser producto de una decisión humana, meditada y deliberada. Una constatación inquietante, pero en efecto las pandemias se pueden

gestionar disponiendo recursos humanos y materiales. Una pandemia se vuelve así un arma de agresión y de destrucción.

Muchos logros creativos no han contribuido a engrandecer la existencia. Al contrario, en ocasiones han sido estas mismas capacidades, empleadas sin arreglo a valores, las que han empobrecido la vida. Numerosos textos sobre creatividad mencionan a Leonardo da Vinci como ejemplo, y sin reserva se admiran sus obras de arte, sus proyectos de ingeniería y sus inventos; pero se olvida que también hizo propuestas para fabricar armas de guerra. Aunque los microbios no fueron reconocidos como vectores de infección hasta finales del siglo XIX, su uso militar fue bosquejado desde comienzos del siglo XVI. Hacia el año 1500 Leonardo propuso bombardear al enemigo con proyectiles rellenos de *acqua toffana*, extractos de *babas de cerdo* y *perros rabiosos*, con venenos biológicos extraídos de sapos y tarántulas (Massadié, 1995: 58).

Este proyecto no se ejecutó, pero infortunadamente estas incipientes ideas no se abandonaron. Es lamentable que uno de los hombres más creativos de la historia, esté comprometido en semejante despropósito. Sin embargo, aun acogiendo su grandeza, es preciso admitir que en alguna ocasión se dejó llevar más por el cálculo que por la reflexión. En una carta dirigida a Ludovico Sforza, fechada en Florencia en 1482, ofrece sus servicios para fabricar distintas tecnologías de guerra. El texto concluye con unas propuestas para los tiempos de paz, en materia de arquitectura y obras escultóricas (Nicholl, 2008: 204-06).

Arma biológica es cualquier ser vivo, virus o producto tóxico, empleado con el fin de producir la muerte o incapacidad en seres humanos, animales o plantas. A lo largo de la historia, distintas potencias beligerantes han experimentado con ellas, debido entre otros factores a su bajo costo y su elevada capacidad destructiva en objetivos civiles y militares (Moore, 2008: 26). Según parece, la guerra bacteriológica fue evaluada al menos una vez durante la Segunda Guerra Mundial. Hacia 1942 se prepararon proyectos de bombas que contenían el terrible *bacilo del carbón*. La isla británica donde se hicieron los ensayos estuvo por años prohibida a los visitantes, debido a que el suelo se mantenía contaminado (Massadié, 1995: 58).

Un hecho muy particularizado, pero que podría tener un significado más amplio, es el siguiente: un mes después del 11S, Robert Stevens, de 63 años, falleció en el hospital de Atlantis tras varios días de problemas respiratorios y fiebre alta. Había inhalado esporas de carbunco. Trabajaba en American Media, empresa propietaria de un diario que había publicado artículos ofensivos sobre Osama bin Laden. En las siguientes semanas aparecieron nuevas esporas y otros infectados: “La cepa de carbunco usada no era natural; se había modificado artificialmente y mezclado con productos químicos para que flotara en el aire durante más tiempo que el carbunco natural” (Moore, 2009: 21).



Una cuestión como esta, por definición, habrá de despertar sospechas. Unos hechos se unen con otros y el resultado puede ser inmanejable, considerando que la literatura, la televisión y el cine, hacen su contribución para conseguir que la frontera entre realidad y ficción (ya bastante estropeada) se diluya por completo. Poco después de este episodio se acuña el concepto de “bioterror” (Pinker, 2018: 371).

Las sospechas son tenaces, tengan o no fundamento. Un ejemplo preciso se relaciona con la viruela. En 1520 una pequeña flota española desembarcó en México. El tripulante Francisco de Eguía portaba un arma poderosa: el virus de la viruela. Se produjo un rápido contagio, y en pocos meses una amplia zona estaba afectada. Como resultado, los veintidós millones de personas que había a la llegada de los españoles en el mes de marzo, quedaron en catorce en el mes de diciembre. Las cosas no paran aquí, los españoles trajeron también la gripe, el sarampión y otras enfermedades infecciosas (Harari, 2018: 19).

Más adelante el tratamiento de la viruela alcanzó tal éxito, que hacia 1980 la enfermedad estaba desaparecida. Por razones científicas se conservaron algunas muestras del virus, debidamente congeladas, en Estados Unidos y la Unión Soviética. Al finalizar el siglo este último país desapareció, y en la actualidad se desconoce el paradero de esas muestras. Muchos científicos abandonaron el ex bloque soviético buscando otros horizontes, lo que ha dado lugar a conjeturas catastróficas sobre el peligro efectivo que representan esas muestras en manos de fuerzas presumiblemente beligerantes (Moore, 2008: 26).

En un espacio social cargado de incertidumbres y desconfianzas, unido a la falta de transparencia, las inquietudes legítimamente se multiplican; y el balance da por resultado demasiadas sospechas y pocas certezas. Sin embargo, el hecho es que distintas convenciones internacionales, conscientes de la especial capacidad destructiva de estas tecnologías, han establecido restricciones y regulaciones, lo que seguramente indica la presencia de un riesgo real.

En la versión del filósofo Slavoj Žižek, en un texto reciente que califica de “una reflexión de urgencia”, las cosas no son mucho más alentadoras: “La propagación actual de la epidemia de coronavirus ha activado también una vasta epidemia de virus ideológico que estaba latente en nuestra sociedad: noticias falsas, teorías de la conspiración paranoicas, estallidos de racismo” (2020: 45).

En último término, frente a la incertidumbre y al dolor asociado a cualquier pandemia, conviene preguntarse qué nos queda. Los grandes sufrimientos son irreductibles, pero siempre es posible bosquejar alguna respuesta, a pesar de que las garantías son escasas. Especialmente si damos crédito a Hegel, cuando afirma que lo único que enseña la historia, es que no aprendemos nada de ella (1996).

Hoy, como ayer y mañana, la inteligencia y el pensamiento son variables que necesitamos poner de nuestro lado. En circunstancias adversas las salidas no se

ofrecen espontáneamente y más bien deben ser construidas. Especialmente, frente a realidades móviles y fugaces, se requiere de disposiciones afectivas y de comportamientos intelectuales capaces de combinar la previsión, la flexibilidad de espíritu, la atención constante, el sentido de oportunidad y una visión amplia. Lo inesperado no se presta a la medida precisa o al cálculo exacto, y no siempre basta un conocimiento riguroso. Importa más que nunca la apertura y la creatividad, acompañados de un sentido de comunidad y de algunas convicciones firmes sobre el valor de la vida, la solidaridad y la convivencia.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACKROYD, PETER (2012). *Newton. Una biografía breve*. México D. F.: FCE.
- AGUSTÍN (2016). *Confesiones*. Madrid: Alianza.
- BOORSTIN, DANIEL (1986). *Los descubridores*. Barcelona: Grijalbo.
- CAMUS, ALBERT (2011). *La peste*. Barcelona: Edhasa.
- CROMBIE, A. C. (1974). *Historia de la ciencia. De san Agustín a Galileo*. Madrid: Alianza.
- DETIENNE, M. Y VERNANT, J. P. (1974). *Les ruses de l'intelligence. La métis des Grecs*. Paris: Flammarion.
- GRIMAL, PIERRE (2006). *Diccionario de mitología griega y romana*. Buenos Aires: Paidós.
- HARARI, YUBAL NOAH (2018). *Homo Deus. Breve historia del mañana*. Santiago: Debate.
- HEGEL, G. W. F. (1996). *Lecciones sobre historia de la filosofía*. México D. F.: FCE
- HESÍODO (2006). *Obras y fragmentos*. Barcelona: Gredos.
- HITCHENS, CHRISTOPHER (2016). *Dios no es bueno*. Barcelona: Debate.
- HOMERO (2006). *Ilíada*. Barcelona: Gredos.
- LAÍN ENTRALGO, PEDRO (1987). *La curación por la palabra la antigüedad clásica*. Barcelona: Anthropos.
- LUCRECIO (2016). *La naturaleza de las cosas*. Madrid: Alianza.
- MASSADIÉ, GÉRALD (1995). *Los grandes inventos de la humanidad*. Madrid: Alianza.
- MOLLER, VIOLET (2019). *La ruta del conocimiento*. Madrid: Taurus.
- MOORE, PETER (2008). *El libro de las pandemias*. Barcelona: Océano.
- MORIN, EDGAR (2005). *Mis demonios*. Barcelona: Kairós.
- ----- (2001). *La mente bien ordenada*. Barcelona: Seix Barral.
- NICHOLL, CHARLES (2008). *Leonardo. El vuelo de la mente*. México D. F.: Taurus.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH (2018). *La ciencia jovial*. Valparaíso: UV.
- ----- (1972) *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza.
- OTTO, WALTER (1997). *Dioniso. Mito y culto*. Madrid: Siruela.
- PINKER, STEVEN (2018). *En defensa de la Ilustración*. Buenos Aires: Paidós.
- PLATÓN (2007). *Fedro* (Diálogos III). Barcelona: Gredos.
- RE DE MAGNI, ELVA Y OTROS (1999). *Diccionario etimológico de biología y salud*. Mendoza: Zeta.
- TUCÍDIDES (1989). *Historia de la guerra del Peloponeso*. Madrid: Alianza.
- ZIZEK, SLAVOJ (2020). *Pandemia. La covid-19 estremece al mundo*. Barcelona: Anagrama.

Nota: Las citas de *La Biblia* están tomadas de la edición de la Sociedad Bíblica Católica Internacional (SOBICAIN), 2005. Madrid: San Pablo.